

## El país de los paraguas

Pedro había nacido en el país de los paraguas; pero no lo sabía. Desde su nacimiento llevaba, como todos los habitantes de Maatmoori, su paraguas protector siempre abierto, haciendo de techo bajo o de cielo estrecho.

Los habitantes de Maatmoori que consideraban a sus vidas plenamente maravillosas, tenían un cielo con lentejuelas y plumas. Otros pocos, los más poderosos, contaban con un cielo repleto de monedas doradas. Pedro tenía un cielo gris topo, como la mayoría.

Los ancianos de Maatmoori recuerdan que en tiempos de guerra, todos, sin excepción, habían tenido un cielo color gris ceniza: un paraguas único, gigante. Pero con el paso del tiempo, aquello fue sólo un recuerdo lejano, muy lejano.

A pesar de las diferencias en los colores y materiales de los paraguas, todas las personas presentaban algo en común: los movimientos de sus cuerpos estaban trabados en sus desplazamientos, al igual que los ojos, que estaban acostumbrados a mirar hasta ahí nomás, tramos cortos, demasiado cortos para los ojos grandes y el andar inquieto de Pedro; un hombre particularmente sensible.

Un día, en su andar expansivo, los pies de Pedro no respetaron los límites que la sombra de su paraguas proyectaba en el suelo, y vio –con asombro– que las puntas de sus zapatos negros tenían un brillo diferente. Fue cuando decidió sacar la mano fuera de la sombra de su paraguas. La primera vez lo hizo velozmente –por si acaso–; pero la segunda se atrevió y dejó la mano expuesta a la aventura un rato más. Fue algo raro lo que sintió, ni lindo, ni feo. Diferente.

En ese momento, Pedro había comenzado a descubrir que siempre había usado paraguas, un paraguas opaco, gris topo que de tan cercano se le había hecho invisible.



A partir de ese descubrimiento todos los sentidos de Pedro se agudizaron: comenzó a alegrarse al escuchar en las mañanas el canto de los pájaros. Y hasta le resultaba divertido el ruido que realizaban sus zapatos al caminar. Y no paraba de reír cuando el viento le hacía cosquillas detrás de las orejas. Nunca antes estas cosas habían sido advertidas por él.

Esa misma noche soñó con el extraño ruidos de sus zapatos, con el canto de los pájaros y hasta se rió dormido por las cosquillas que el viento le hacía en sus orejas.

Una mañana, caminando por las calles de Maatmoori, escuchó un ruido raro sobre la tela de su paraguas gris, e instantáneamente sacó la mano; fue cuando sus dedos descubrieron la lluvia, chupó el agua que deslizó hasta su palma y todo su cuerpo vibró. Nunca antes se había atrevido a sacar de la sombra más que un pie o una mano; pero al descubrir la lluvia, sintió pena de su cara seca y decidió mojarla. Pedro salió a la lluvia, a un cielo inmenso, increíble, recién nacido para él. Su cara, hechizada de luz, hizo una sonrisa plena. Se sintió con la alegría de un pájaro cuando revolotea porque sí y con la libertad del viento cuando patina entre las nubes. Su cuerpo danzó con el aire, y un montón de colores jugaron con sus ojos grandes, los que parecían dos soles cada vez más grandes.

La alegría de Pedro brincó repartida en un viento que hizo crecer los sueños de otros que, como él, pudieron esquivar la sombra rigurosa y voraz de los paraguas.

Con el tiempo y la fuerza de los vientos en libertad, los maatmoories fueron, de a poco –salvo en los días de tormenta– desacostumbrándose a vivir protegidos por la sombra de los paraguas; algunos, en la actualidad, hasta se olvidaron de que habitan el antiguo país de los paraguas. Sin embargo, aunque las vibraciones del corazón de Pedro siguen despejando cielos, cualquiera que visita Maatmoori puede observar, sin que se vea ningún paraguas, que algunos de sus habitantes andan y miran hasta ahí nomás, tramos cortos, muy cortos; como si hubieran nacido para usar paraguas.



MERCEDES PÉREZ SABB